

UN GRAN LIBRO AMERICANO

EL LENGUAJE PERUANO, tesis doctoral
de Pedro M. Benvenuto Murrieta, presentada a
la Universidad Católica del Perú.—1936.

No me cansaré de afirmarlo: en América existe mayor inquietud que en España por los estudios de Gramática y Lenguaje. Es posible que el hecho anotado se deba a que algunos de los fenómenos idiomáticos objeto de estudio por parte de filólogos y lingüistas son propios y exclusivos de las antiguas colonias españolas. Quizá también, a la escasa preocupación que la Península ha demostrado casi siempre por el movimiento literario de estos pueblos, en los cuales, no obstante, se presentan, a menudo, aspectos culturales particularmente valiosos.

Argentina y Chile, Puerto Rico y México, Perú y Ecuador cuentan con innúmeros trabajos acerca de la evolución del Castellano en el Nuevo Mundo. Unos escritores han recogido las voces españolas modificadas, aquí, en su estructura o en su significación: otros han catalogado las palabras pertenecientes a las lenguas aborígenes y que han entrado a formar parte del habla americana; éstos han reunido los vicios fonéticos; aquéllos, los defectos de construcción. No ha faltado quien, inclusive, se atreviera a exponer con singular lucimiento una teoría gramatical, emulando, de este modo, a los mejores tratadistas de la materia habidos en el otro lado del Atlántico.

Rafael Ma. Baralt nos deja su **DICCIONARIO DE GALICISMOS**, revelador de un purismo ultra-español. Rufino J. Cuervo penetra en las entrañas del Romance para darnos un libro de valor inestimable. Honorato Vásquez desempolva viejas páginas y clama por la rehabilitación de insustituibles voces olvidadas. Juan

B. Selva no se resigna al estropeo del divino idioma de Cervantes y escribe para los hombres de este Continente su GUIA DEL BUEN DECIR. Ricardo Palma lleva a España—años de 1892-93—una colección de vocablos que no se sabe por qué desmerecen su incorporación al léxico oficial, y, como éstos, infinidad de casos de elocuencia singular que robustecen y afirman mi proposición.

Unos, apegados a la tradición española; y otros, propugnando, sin reticencias, la autonomía literaria de América. Estos, iracundos e irreverentes con la "MADRE PATRIA"; y aquéllos, sumisos y obedeciendo aún los despropósitos más gruesos promulgados por la Academia. Y todos, los ortodoxos y los heterodoxos del dogma académico, desvelándose por estudiar gramáticas y diccionarios, la obra consagrada de los clásicos y el habla viva y cambiante de los hombres del Nuevo Mundo.

Rica y variada es la contribución de las naciones americanas al conocimiento y glorificación de la lengua sin ocaso de Carlos V. La mayoría de los españoles sinembargo, no ha querido o no ha podido reconocer la enorme y fecunda labor de este lado de sus antiguos mares, y más bien, ha estado lista a imputarnos cuanta prostitución ha descubierto en el idioma castellano. Y tal actitud es, a todas luces, injusta: verdad, lectores del P. Mir y Noguera, admiradores de Eduardo de Huidobro, discípulos de Saralegui y Medina...? Si "disparates" se han cometido aún por la Academia—oh, inmortal Robles Dégamo!—cómo atribuir únicamente a los americanos las quiebras del Español? Por otra parte, cómo pretender que nuestra lengua se mantenga inalterable, como cosa muerta, desde los días remotos y gloriosos de Santa Teresa y Lope de Vega?...

En 1910, Ciro Bayo publicaba su DICCIONARIO CRIOLLO-ESPAÑOL SUDAMERICANO, concretando a recoger, por parte de un peninsular conocedor de algunas comarcas de este Continente, no pocas voces que necesitaban según sus propios términos— ser traducidas al Español y, aún más, obtener carta de naturaleza en España; pues que algunas expresaban conceptos exclusivamente americanos. Pero, casos como el que citamos constituyen, por desgracia, la excepción: lo común es que, según queda indicado, no se mire o se mire con supremo desdén los nuevos aspectos

que, en función del medio, ha ido adquiriendo, desde hace tiempo, la lengua de Castilla entre nosotros.

La Academia, máxima autoridad lingüística que, desde Madrid, "limpia, fija y da esplendor", confía en sus Corresponsales de por aquí; mas, los dichos Corresponsales han hecho de los libros académicos una especie de tabú, y no hay forma de conseguir que se resuelvan a dignificar, usándolos, cuantos **localismos** corren, lozanos y hermosos, en el vocabulario de estos pueblos. Menos todavía podrá conseguirse una investigación paciente y sapiente a lo Menéndez Pidal, a lo Cejador y Frauca. De donde resulta que las Academias Correspondientes sirven para todo, menos para lo que debieran servir. . . . No hay malevolencia ni exageración siquiera si se dice que la obra filológica realizada aquende el Atlántico se debe, en su mayor parte, a elementos que actúan fuera de las Academias de la Lengua, que no a los reverendísimos señores que en éstas suelen arrellanarse agobiados de achaques y condecoraciones. . . (1).

En otro lugar de este trabajo decíamos que no todos los tratadistas de la materia que nos ocupa están de acuerdo en su posición frente a España. Pues bien, la circunstancia anotada ha debilitado nuestra acción y ha facilitado el ataque casi siempre gratuito de las gentes de la Península. Si se me permitiera, diría yo algo más a este respecto: la disparidad y aún contraposición de criterios de nuestros lingüistas y filólogos han retardado nuestra autonomía. Pero entendamos esto: no proclamamos ni podemos proclamar el imperio del caos idiomático en América, sino nuestra emancipación de la tiranía académica de Madrid.

Concretando e individuando estas consideraciones, diremos que, en cuanto a Lexicología, Augusto Malaret, en Puerto Rico—baluarte de la lengua en las puertas del Imperialismo yanqui,—ha realizado una labor tan abundosa como afortunada.

Muchos miles de palabras y locuciones constan en su **DICCIO-**

(1).—El trabajo publicado, con el título de **LA VUELTA DE LAS HUMANIDADES**, en el segundo número de nuestra revista **Proteo**, dejó, honrosamente, a cada uno de los principales académicos ecuatorianos de la Lengua en su puesto, al propio tiempo en que les negaba su importancia como verdaderos trabajadores del idioma.

NARIO DE AMERICANISMOS, conocidos en todos los centros idiomáticos de este Continente. No pocas de aquéllas han desplazado, definitivamente, en el lenguaje hablado y hasta en el escrito, a sus respectivas equivalentes de auténtica cepa española; y, como el usarlas nos expone a la censura del purismo académico matritense, la urgencia de un reconocimiento oficial de aquellas locuciones y palabras por parte de la Academia de la Lengua está más que justificada. Si se nos niega, por recriminable obstinación, el reconocimiento demandado, nuestra falta será—por culpa de nuestros tutores-mayor; ya que sabrá a desacato o desafío.

He aquí por qué, colocándonos en un plano de cordura y serenidad, españoles y americanos debiéramos convenir en reunirnos sin pretensión alguna de superioridad, en punto de América o de España—de América, preferentemente,—para tratar, dentro del mayor tiempo posible y en un ambiente de competencia insospechable, no tan sólo cuanto a la Semántica concierne, sino todos los infinitos problemas atañedores a la situación real del Castellano en el concierto de las lenguas cultas de la tierra.

Nó por nosotros, sino por los que en ultramar se entienden en nuestra misma lengua, estamos dando, desde hace tiempo, la impresión de un angustioso desorden, de una perfecta Babel que diría el notable Arturo Capdevila. Mas, preciso es que ésta acabe: o nos ponemos de acuerdo los de aquí con los de allá, o los insurgentes seguimos abogando por hacer, acá, mansión aparte. . . América, por su verdadera y cariñosa comprensión de uno de “los lazos perennes y vivificadores que unen este Continente a la Península Ibérica” (2) tiene derecho a que se la tome en cuenta para el estudio totalitario de los problemas actuales del Español. Aun más: está facultada lo mismo para impedir congresos de la lengua castellana en francés, que para invitar a los españoles a meditar seriamente acerca de aquello que más debiera interesarles: el idioma. . . Por otra parte, cómo poder, del otro lado de los mares, estudiar y valorar honradamente la hoy copiosa literatura de América, igno-

(2).—“No sólo sabemos, sentimos, que de entre los varios lazos que unen este Continente a la Península Ibérica, tres son los perennes, los vivificadores: la historia, la sangre y la Lengua”.—Significado de España en América, por Gonzalo Zaldumbide, en La Prensa de Lima.

rando los derroteros que ha seguido el lenguaje castellano en los lugares de producción de aquella literatura? Cómo entenderla, si ella trata, precisamente de exaltar el habla y todas las virtualidades de la gran masa popular americana. O se pretenderá autoritaria y neciamente, que se hable aquí de una manera y se escriba de otra, contrariando el espíritu de cada pueblo, desfigurando la psicología de América?...

*
* *

A la inmensa contribución hispanoamericana sobre Lingüística y Filología viene a sumarse el libro que, en los talleres de Sanmartí y Co. de Lima, acaba de editar Pedro M. Benvenuto Murrieta, y cuya atenta y cariñosa lectura ha motivado estas ya extensas reflexiones.

Una de las modalidades más auténticas del patriotismo es, sin duda, la inteligente y amorosa recolección de **localismos**; su estudio y ordenación esmerada, y, lo que importa más aún, su inclusión en la literatura nacional. Y, si a lo dicho se añade la investigación detenida y seguida de la génesis de los hechos idiomáticos más significativos y la precisa interpretación de éstos, aquella modalidad adquiere contornos extraordinariamente gloriosos.

Constituye un error—muy lamentable, naturalmente—suponer que todo giro y toda palabra que nacen y prosperan en América, al margen de los vocabularios oficiales en vigencia, han de ser, necesariamente, una grotesca desnaturalización del habla victoriosa que nos legaron los conquistadores. Error es, asimismo, condenar a la indiferencia o el desprecio todos los matices que el Castellano va adquiriendo aquí, merced a un complejo de factores históricos, geográficos, sociológicos. Hay, nadie lo niega, despropósitos idiomáticos, despropósitos a los cuales no favorecerá jamás nuestra simpatía.

Una de las obras más henchidas de fervor nacionalista, por su claro y ardiente propósito de enaltecer uno de los aspectos del folklore americano, es ésta que nos ofrece—fruto maduro de una investigación digna de loa—el ya célebre escritor peruano a quien hemos citado, con motivo de su grado de doctor en Historia y Letras, en la Universidad Católica del Perú.

Desde la publicación de QUINCE PLAZUELAS, UNA ALAMEDA Y UN CALLEJON—galana evocación de la ciudad de Lima en 1885—, llenó de esperanzas a quienes conocían su talento, su culto al trabajo y su recia disciplina interior. Más aún: por el apéndice que puso al precitado libro a manera de homenaje a Juan de Arona y Ricardo Palma,—presumiase que Benvenuto nos daría, andando el tiempo, una obra de la índole de la que hoy, gustosos, comentamos. Carlos Pareja Paz Soldán, ensalzando justamente, desde las columnas de “La Prensa” de Lima, la producción de su compatriota y condiscípulo, juzga que ésta es el resultado de un ascetismo cultural semejante al ascetismo religioso, a que el autor de EL LENGUAJE PERUANO vive entregado desde la niñez y al cual sacrificó—digno ejemplo que muy pocos querrán imitar!—“los frescos y fascinantes bienes de la edad juvenil”.

No sólo por su profunda devoción peruanista vale la tesis de Pedro M. Benvenuto Murrieta. Aparte de esta excelencia de orden moral, tiene el indiscutible mérito de haber abarcado todos los aspectos del problema de la evolución del Castellano en el Perú, que es casi como decir en América Hispana. Los puntos sobre que discurre, con claridad y galanura, son los siguientes:

“El romance de los conquistadores. Lenguas indígenas peruanas en el siglo XVI. La marcha del Castellano. Elementos extranjeros en el Perú. El vocabulario castellano. Aporte de las lenguas indígenas al vocabulario peruano. La replana. La fonética peruana. La morfología peruana. La sintaxis peruana y Justificación de los peruanismos”.

Como apreciará el lector, se trata de un trabajo que aspira a ser completo y definitivo; de un trabajo que, además, señala;—por qué no confesarlo honradamente?—el camino que debemos seguir cuantos vivimos dedicados a hurgar pacientemente en el campo de estas áridas y complejas disciplinas tan hermosas. Benvenuto es

muy joven (lo supongo no mayor de veinticinco años) y no está condenado, como estamos otros hombres de letras, a la búsqueda humillante y fatigosa del pan de cada día. El puede, así, consagrar por entero sus energías y sus capacidades al esclarecimiento de tantos puntos cuantos quedan todavía oscuros en el cuerpo de su magnífica tesis, con lo cual ampliaría algunos de los doce importantes capítulos que constituyen su valioso trabajo doctoral.

El lector atento se habrá advertido, al pasar sus ojos por la lista de temas estudiados por el joven profesional peruano, de que éste se ocupa en la Morfología, la Sintaxis, la Fonética, etc.; pero no en la Lexicología. Este vacío se explica así: Benvenuto, que ha logrado un éxito inesperado en la elaboración de su catálogo de peruanismos, nos ofrecerá, en breve, nada menos que un diccionario de localismos peruanos con la increíble cifra de ¡8605 voces! escogidas directamente por el autor e indirectamente por medio de corresponsales y colaboradores en los distintos pueblos de esa gran nación; en donde, por lo visto, existen mayor sensibilidad cultural y un más entrañable amor patrio que en otras naciones del Continente.

Por lo que llevo averiguado sobre esta materia y por la correspondencia que mantengo con el autor a quien estoy refiriéndome, ya sé que no pocos de sus "peruanismos" no son sino "americanismos"; esto es, términos y locuciones admitidos en muchísimos puntos del gran mapa lingüístico del Mundo de Colón. Tendré pues, al leer el segundo tomo de la tesis de Benvenuto, una sorpresa mucho menor que la que he experimentado al leer el capítulo **XI—La sintaxis peruana**—en el cual he encontrado expresiones de una identidad casi absoluta con las que oímos, a diario, en la Sierra ecuatoriana; región en donde—ni más ni menos que en el Sur—los vicios sintácticos, como los fonéticos, son más comunes y de mayor bulto que en la otra región, debido, posiblemente, al influjo del habla anterior a la dominación española.

En la Costa del Ecuador existen agrupaciones indígenas de una pureza racial fuera de toda duda. Santa Elena y Morro, Manta y Jaramijó, v. gr., son asiento de aborígenes cuya fisonomía es inconfundible. Una vez el que estas líneas traza, mientras asistía

a un exámen en el caserío **La Ensenada** (3) provincia de Manabí—se distrajo confrontando, parte por parte, los rasgos faciales de la profesora con los que una cabeza de barro hallada en los alrededores y colocada sobre la mesa de la escuela en que la prueba se verificaba. El cotejo dió por resultado que la testa de los antiguos pobladores de aquella comarca era tan parecida a la de los actuales, que bien hubiera podido pasar, la que había en la escuela, por la de la fría e impenetrable maestra rural que la regentaba. Con este recuerdo trato de ilustrar la tesis de la existencia de la raza primitiva en nuestra Costa; pero dicha raza ha olvidado de tal manera su propio idioma, que en la actualidad ninguno de sus indígenas lo habla. (4) Así la influencia de las lenguas ecuatorianas precoloniales es ninguna en el Castellano, hablado, casi con propiedad, por los costeños. No sucede así en la Sierra, en donde los aborígenes mantenidos en aislamiento durante siglos, merced a la topografía del terreno, han conservado, sin bastardearlo casi, el idioma en que se comunicaban antes de la Conquista.

He aquí por qué, a pesar de constituir Costa y Sierra una unidad política, las modalidades de la lengua sean diversas en cada una de ellas, tal como sucede en el Perú: los costeños de las clases más bajas hablan un Castellano menos corrompido—sobre todo en la Sintaxis—que los serranos.

En algunas provincias del Litoral ecuatoriano, en los Ríos, por ejemplo, se advierte distintamente la acción—lexicológica, más que de otro orden—ejercida por el Quichua (o runa simi, como quiere Benvenuto). Un porcentaje considerable de voces de tal origen da allí, al Español, un saborcillo especial que no lo tiene,

(3).—Este caserío fué elevado, hace poco, a la categoría de parroquia del cantón Manta, con el nombre de Tarqui.

(4)..—Pedro M. Benvenuto Murrieta, en la página 187 de su importante libro, escribe: "Durante la época colonial, el romance, difundido por los blancos—peninsulares y criollos—ganó desde el comienzo a los mestizos y demás castas de las ciudades y también, aunque con menor celeridad, a los indios costeños, que ya a **finés del siglo XVIII habían dejado casi completamente sus antiguos idiomas**. Menos rápidos fueron los progresos del Castellano entre los indios de la Sierra, debido al incumplimiento de las leyes que ordenaban su enseñanza y a la difusión popular del runa simi realizada por los mismos misioneros".

v. gr. en Esmeraldas. El hecho mencionado se debe, no a la presencia de indios nativos, que en la actualidad no existen en parte alguna de los Ríos sino a la vecindad de la provincia de Bolívar—Sierra—y su familiaridad con ella. Esta familiaridad es posible, no ciertamente por la simple contigüidad entre una región y otra, sino por la facilidad de comunicación y relación entre las dos provincias nombradas; de donde se concluye, lógicamente, que el número de palabras de procedencia quichua incorporadas al Castellano en ese punto del Litoral se debe al tráfico entre las dos mencionadas jurisdicciones. Prueba de esto es el hecho de que, no obstante hallarse Manabí—Costa—colindando con Pichincha—Sierra—el habla se conserva ahí sin mezcla aborigen.

A falta del influjo de lenguas nativas, en la Costa sobre todo en los puertos, existe una influencia extranjera de que carecen las poblaciones del Altiplano. El Inglés, particularmente, ha logrado introducir, como en el Perú, un grueso porcentaje de voces en la jerga de las clases trabajadoras, como no lo ha logrado en el habla de las gentes cultas de la misma zona.

Hablamos en términos generales, y necesitamos que así se nos entienda; pues en algún punto de El Oro, el Quichua ha puesto su matiz en la lengua castellana que hablan sus moradores, y en Esmeraldas—como pude descubrirlo y comprobarlo ampliamente cuando visité, hace poco, esa provincia—dos elementos étnicos preponderantes en la comarca han modificado el Castellano con sus no despreciables aportaciones: los negros y los cayapas.

Desde luego, en todas y cada una de estas reflexiones y consideraciones hemos prescindido de la enorme lista de voces **toponímicas**, **fitonímicas** y **zoonímicas**, (5) a cuya integración han contribuido algunas lenguas antiguas de estas comarcas: aymara, quichua, colorado, cayapa, pansaleo, cañarí, etc.

Estas diversas contribuciones idiomáticas han sido estudiadas en distintas épocas, por historiógrafos y gramatólogos nacionales y extranjeros y aún por simples aficionados más o menos

(5).—He tenido que usar de bastardilla para escribir estas palabras, porque nuestra buena Academia, a pesar de la impecable formación de ellas, aun no las incorpora en su lexicón; ni siquiera constan en ése las primitivas **toponimia**, **fitonimia** y **zoonimia**. (Edición de 1927).

hábil, y todas ellas prueban que pueblos y razas procolombinos no han desaparecido sin dejar una herencia que los hombres modernos conservamos y respetamos hasta hoy.

Miguel Angel Fernández Córdova, Max Uhle, Otto von Buchward, Jacinto Jijón Caamaño, Octavio Cordero Palacios, Gustavo Lemos R.; Luis Telmo Paz y Miño, etc., han gastado no pocas horas en desentrañar e identificar las raíces que corren en muchísimos nombres de sitios, plantas y animales del Ecuador, y han podido, así, indicarnos el grado de influjo ejercido por éstas y aquellas parcialidades indígenas habitantes en esta circunspección territorial.

Lo dicho nos lleva, como de la mano, a tratar de otra de las excelencias de la tesis doctoral de Pedro M. Benvenuto Murrieta, quien después de rastrear admirablemente en el acervo de las lenguas que, modificándolo en su forma y en su esencia, han ejercido su acción sobre el castellano, llega aún a fijar el porcentaje de vocablos pertenecientes tanto a los idiomas americanos anteriores a la conquista, cuanto a los europeos que llegaron a nosotros después del habla del Cid. Y, como si esto fuera poco, ha estudiado además la influencia negra, la china y la del hampa limeña—replana—en el lenguaje del Perú. Pocas fuentes de información habrán quedado fuera de la curiosidad científica de este joven intelectual peruano, y he aquí por qué su tesis—densa, erudita, docta—difiere tan profundamente de aquellos trabajos que suelen, mendicantes, presentarse por aquí con el objeto de lograr un diploma en Medicina, Jurisprudencia o Pedagogía, al amparo de labenévola despreocupación de nuestras pobres Universidades. Paz Soldán, a quien es necesario conceder la debida autoridad, dice del colega Benvenuto, con una ardiente sinceridad inusitada: "Triunfo total de una vocación mantenida; triunfo de saber, de capacidad, de trabajo, de perseverancia es esta tesis, cuyo autor, a pesar de sus cortos años puede ser considerado como un ERUDITO de los asuntos peruanos, especialmente de cuanto versa sobre el lenguaje, el folklore, la etnografía, la sociología y la historia", y nosotros, con el desapasionamiento que permite la distancia podríamos suscribir tan merecido como honroso juicio.

Como si el libro de Benvenuto hubiera sido escrito con fines didácticos, lleva aquél dos mapas—mapas en una obra filológica!, dirá el grueso de mis lectores—el primero nos indica, por medio de los colores rosado, verde, amarillo, celeste y anaranjado, la “distribución de las lenguas indígenas peruanas en el siglo XVI”.—Y el segundo, mediante los colores amarillo, rosado, verde y anaranjado, la “distribución de las lenguas empleadas por el vulgo peruano actualmente”. Los idiomas nativos usados en el tiempo del arribo de los aventureros de Pizarro, eran runa simi (quichua) aymará, yunga, cholona y puquina, y los que se hablan en la actualidad son: castellano, runa simi, aymará y dialectos florestales (que reconocen dos troncos dialectales; el arahuaco y el caribe). Y este detalle, dos mapas a colores en medio del volumen, realza el mérito del libro que ha motivado este comentario, comentario que deseáramos, en obsequio del autor prolongarlo indefinidamente. En obsequio del autor, y sólo de él, cuya ilustración y cuya benevolencia nos son conocidas. De nadie más, pues temeríamos que nos echaran al canasto quienes aquí nos leyesen. Existe cierta fauna literaria—iliterata, que sería mejor decir—para la cual Gramática y Lenguaje son antiguallas ridículas, de las cuales ninguno tiene necesidad: de ahí que, en hallando reflexiones acerca de tales tópicos hagan un mohín despectivo y arrojen a la basura lo que, al respecto, tengan entre sus manos. Con esto, naturalmente, no hacen sino escupir para arriba. . . . (La dicha fauna está a menudo segundada, y esto es más grave aún, por algunos maestros de escuela perfectamente ignorantes en tales disciplinas).

Antes de concluir, permítaseme expresar mi admiración más ferviente y sincera a la Universidad Católica del Perú; en donde, para ejemplo de la barbarie literaria de otras naciones, se estudia la lengua castellana con seso y con amor.

Por aquí—fuerza es denunciarlo, ni los establecimientos religiosos demuestran mayor preocupación por esta disciplina: los bachilleres egresados del Colegio de **San Gabriel** son, en la actualidad, tan deficientes en idioma castellano como los egresados del **Vicente Rocafuerte**: cada quien, entre nosotros, habla y escribe

como le da la santísima gana, seguro de que nunca nadie le dirá oxe ni moxe por sus barrabasadas.

Parece que para subsanar tan horrible mal, uno de los tres o dos verdaderos Ministros de Educación que hemos tenido—el perínclito Dr. Manuel Ma. Sánchez—creó la Facultad de Filosofía y Letras, anexa a la Universidad Central; pero, qué desilusión! qué desengaño! La Cátedra de Lingüística ha sido confiada, de ordinario, a empleomaníacos desvergonzados e incorregibles que tanto sirven para un barrido como para un fregado... (6)

Un gravísimo error, cometido a diario, ha permitido que el mal se perpetúe y se propague: las gentes preferidas para “enseñar” lengua materna han sido los versificadores adocenados y los exnovicios de todas las comunidades religiosas. No bien un tipejo comienza a emborronar revistas y periódicos, cuando ya endereza sus pasos al presupuesto de Educación. Y, cuanto a los renegados y expulsados de los conventos, tan luego como principia a pelecharles la tonsura—y esto es muy rápido—sus valedores se dan a la tarea de buscarles anclaje en los colegios e institutos “laicos” de toda la República. (Se entiende que muchos de aquellos amparadores son, asimismo, clerizontes que han ahorcado sus hábitos y que prosperan a la sombra de la infinita tolerancia liberal). Hacer versos cojos y salir por ineptitud o por mala conducta de los noviciados; hé aquí lo que se necesita, en el Ecuador, para “desempeñar” las cátedras del Español.

Pero urge que esta situación de inferioridad cultural desaparezca por siempre, para lo cual sólo es preciso que a la Cartera de Educación vaya un hombre que, apreciando debidamente el valor formativo y social de la Lengua, la defienda, la ennoblezca y la difunda!

Quito, diciembre de 1936.

Justino CORNEJO.

- (6).—El primer ecuatoriano que ocupó la Cátedra de Lingüística en la mentada Facultad fué un hombre inteligente como pocos y como pocos ilustrado y estudioso. Así y todo, movido por un profundo sentimiento de responsabilidad ausente del pecho de nuestros presupuestivos, renunció a la decencia universitaria alegando para justificación de su renuncia lo que nadie ha alegado hasta aquí ¡falta de versación para desempeñar la Cátedra confiada! Ese gran ecuatoriano fué el Dr. Manuel B. Cueva García.